

PRECIOS

MADRID	
Tres meses..	9 rs.
Seis id.	16 »
Un año.	30 »
PROVINCIAS	
Tres meses..	10 rs.
Seis id.	18 »
Un año.	34 »

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

EXTRANJERO	
Tres meses..	22 rs.
Seis id.	38 »
Un año.	74 »
Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, num. 54.	
AMÉRICA	
Seis meses..	38 rs.
Un año.	70 »
FILIPINAS	
Seis meses..	60 rs.
Un año.	100 »

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA

CARTAS CASCABELERAS

DIRIGIDAS Á PERICO EL DE LOS PALOTES por un caballero particular.

Querido Perico: Hoy no tengo cosa nueva que decirte, porque todo sigue en el mismo estado que cuando te escribí mi anterior. El gobierno lo empieza á hacer tan mal como su antecesor, por aquello de que es imposible que en España haya nunca gobierno bueno, y los progresistas radicales que siguen la bandera del gran capitán Zorrilla andan muy preocupados con el intento de derrotar al gobierno, sacando en las próximas elecciones para cargos concejiles un puñado de radicales que dé gasto verlos, que aunque entiendan de cosas del municipio tanto como tú, al cabo, si son radicales y creen en D. Manuel Zorrilla y tienen á Rivero por un grande hombre, ya tienen méritos bastantes para servir para todo en este mundo.

Para mantener vivo el fuego sagrado en los ánimos radicales, el comité ha dirigido su poderosa palabra en un manifiesto á la turbamulta de electores, borreguitos mansos que van á votar á quien les dice el comité, y se

quedan luego tan frescos. También los republicanos largarán su manifiesto, y yo no sé cómo hay ya cristianos en este país que hagan caso de tales manifiestos, que siempre dan el mismo resultado para el bienestar general que la carabina de tu amigo Ambrosio colgada de un palo.

El viénes hubo comida en palacio, y la habrá todos los viénes del año hasta nueva orden. Allí van muchos que ayer eran Pericos de los Palotes como tú, y hoy, si los ves, verás qué hinchados y qué orgullosos están, que casi casi se creen unos príncipes, mal comparados. Eso sí, los políticos de esta situación se dan muy buen trato, y no los hubo nunca tan aficionados á comilonas y jolgorios. Esto te prueba lo liberales que son.

Pero por lo demas, créeme, Perico, esto está muy perdido, y hasta los chiquillos de la Inclusa tienen motivo para quejarse de la gloriosa, porque, segun veo en los periódicos, la situación de la Inclusa es desastrosa desde que rige la *sistema liberal*. Parece imposible que los revolucionarios, tan mamones como son, no tengan consideracion con los mamones de la Inclusa, que tienen en su abono la cualidad de la inocencia, cualidad de que carecen por cierto los politiquillos.

Pues sí, chico, la Inclusa está perdida, los demas se-

tablecimientos de beneficencia á la cuarta pregunta, la cárcel lo mismo, y si no que lo digan los presos y el contratista de la monestra, la Diputacion provincial sin una peseta, y el ayuntamiento tronado, á pesar de los consumos, y por consiguiente, hay una porcion de gentes que no cobran, y todo está manga por hombro.

Pero ¿quién va á decir estas cosas á los políticos? Ellos comen en palacio los viénes y los demas dias en Fornos ó en las embajadas; ellos van en coches, que pagamos nosotros; ellos tienen á fin de mes su sueldecito en moneda de la mejorcita que ahora se acuña, y para ellos, por consiguiente, no hubo nunca situacion más próspera y bonancible.

De la *Internacional* no se habla ya estos dias, pero continúa su dulce y suave propaganda, con objeto de reunir fuerzas y ver si puede ajustar las cuentas á los que tienen algo que perder, pues los que nada tienen que perder, ajustadas las tienen con todo el mundo. Yo no quiero ofender á los señores de la *Internacional*, porque bueno es estar bien con todo bicho viviente, por lo que pueda tronar, pero, hombre, no puedo ménos de hacerles observar que la palabra ¡*Alto!* al frente de sus carteles, programas, prospectos y demas documentos oficiales de la asociacion, es de muy mal gusto. En primer lugar,

y América, y vengo á Francia con mi hermana Salamalek para bailar el bolero delante del cardenal de Richelieu. Quizás estaremos aquí algun tiempo, pero queremos guardar el más riguroso incógnito; ¿me comprendéis?

—No os comprendo muy bien, respondió el posadero, mirando á nuestro gascon con estupidez.

—Pues, entónces, hacedme una tortilla con jamon, dadme una habitacion y cuidad bien mis caballos, que son árabes.

Esto lo comprendió mejor el posadero, y condujo á Chaudoreille á una habitacion, y le sirvió lo que le habia pedido.

Al cabo de bastante tiempo llegó Julia, en encontrándose á nuestro caballero sentado á la mesa, y en el momento que desocupaba la tercera botella.

Julia quiso hacer que nuestro caballero la acompañara; pero viendo que no podia conseguir que se moviera, y cansada de oír sus necesidades, se fué sola á seguir observando lo que pasaba en el castillo.

Por la noche logró la jóven italiana introducirse en el parque. El marqués, que se paseaba por él buscando á Blanca, vió á Julia, y creyendo que era su hermosa prisionera, corrió hácia ella.

Julia se volvió, la luz de la luna iluminó su rostro, y el marques la reconoció.

—¡Vos aquí!... ¡en mi parque!... exclamó Villebelle lleno de sorpresa.

—Sí, señor marques, respondió Julia, dejando escapar una amarga sonrisa; ¿os sorprende acaso?... El señor de Villebelle debia comprender el placer que me causa el estar á su lado.

—¿Qué venis á hacer aquí?...

—Hubo un tiempo en que mi presencia no os molestaba... en que me repetiais á cada instante que me amariais siempre, en que me jurabais eterno amor... ¡Recordad cuántas veces tuvisteis que repetirme esos juramentos para que cediera á vuestra pasion!...

El marques hizo un movimiento de impaciencia, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Es para decirme eso para lo que os habeis introducido esta noche en mi castillo?...

—¡No! dijo Julia abandonándose á su furor; otro motivo es el que me ha conducido á estos lugares... es el deseo de la venganza... vos os reis de mi amor, os burlais de mi dolor, yo me llenaré de alegría al veros sufrir... os veré derramar lágrimas de sangre, pero ya será tarde.



Dejemos á nuestros viajeros, y volvamos al pobre Urbano, que se desesperaba al verse enfermo y sin fuerzas para correr en busca de su hermosa Blanca.

Por fin, lleno de impaciencia y sin cuidarse para nada de su estado, se levantó y se dirigió á la casa del barbero. Pero ¡cuál no seria su sorpresa al encontrarla herméticamente cerrada, y al saber por los vecinos que hacia ocho dias que habia muerto Margarita, y que nadie sabia á dónde habia ido Touquet!

Lleno de dolor se alejó de la calle de Bourdonnais y se dirigió á la puerta de Montmartre, en donde se estuvo más de dos horas, esperando á ver si venia el que le habia prometido decirle el nombre del raptor de Blanca. Pero esperó en vano, y tuvo que volverse lleno de desesperacion á su casa.

—¿Qué haré? pensaba nuestro jóven bachiller. No me queda ninguna esperanza... Pero, si, aún me queda una persona á quien recurrir... la primera noche que me vestí de mujer, cuando me batí con aquel caballero, me dijo que si alguna vez necesitaba de un protector, que preguntara por el marques de Villebelle, y que siempre le encontraria dispuesto á servirme. Sí, mañana iré á verlo, y él quizás podrá darme algunas noticias sobre el robo de Blanca... Me han dicho que es un gran señor quien la ha robado, y él quizás sepa quién es.

Al otro dia, por la mañana muy temprano, salió Urbano de su casa, y despues de enterarse de la calle en que se encontraba el palacio de Villebelle, se dirigió enseguida á la espléndida morada del marques.

Allí le dijo el conserje que el marques no se encontraba en Paris. Este era un contratiempo para Urbano; le rogó que le dijera en dónde se encontraba Villebelle; pero el conserje le contestó que no lo sabia. Entónces Urbano sacó su bolsa y se la alargó, al mismo tiempo que murmuraba:

—¡Oh! ¡no me queda más esperanza!... ¡Si sabéis dónde está el señor marques, decidmelo por Dios!

Entónces el conserje, más enternecido con la bolsa que con las súplicas, abrió la puerta de su habitacion y le dijo:

—Entrad un momento. Es un secreto, pero si me prometéis no decir á nadie que he sido yo el que os lo ha dicho...

—¡Os lo juro!...

—Pues el señor marques está en su castillo de Sarcus, que se halla situado

esa palabra recuerda el estado de sitio, en cuyo estado por todas partes se oye ¡Alto!, y siendo los internacionistas tan liberales, deben abominar todo lo que recuerde los procedimientos de los gobiernos formales para meter en cintura á los bullangueros; y en segundo lugar, eso de ¡Alto! es precisamente el grito con que los bandoleros detienen á los viajeros ó traficantes en los caminos, y esos regeneradores de la sociedad no creo yo que quieran adoptar una fórmula empleada siempre por gente *non sancta*. Propongo, pues, á la benéfica sociedad internacionista, que en lugar de ¡Alto! ponga en sus carteles ¡Mucho ojo! ú ¡Ojo! más sencillamente, ó sólo ¡Eh! como dicen los cocheros cuando van á atropellar á algun transeunte. Esta reforma trascendental no puede menos de dar otra importancia á la *Internacional*, porque, francamente, cuando veo un cartel que dice, pongo por caso: ¡Alto á los sastres! ganas me dan de avisar á los amarillos, creyendo que se trata de pedir á los sastres la bolsa ó la vida.

Perico, adios te queda, que hoy tengo mucho que hacer. Figúrate que tengo que ir á ver á un homónimo tuyo, otro *Perico de los Palotes*, que se ha encumbrado de la noche á la mañana, para que me dé una carta para un personaje, recomendándole la viuda de un maestro de escuela de los buenos, á versi le dan á la pobre una licencia para pedir limosna en la esquina del café de Fornos. Probablemente me harán hacer dos ó tres horas de antesala. Hasta el jueves.

LA VIUDA (1).

Grande metamorfosis produce el matrimonio, y más especialmente en la mujer que en el hombre. Algunas de las causas de aquel *más* son puramente físicas y fisiológicas: estas se las dejo al curioso lector; y pido á la lectora, aunque la supongo no menos curiosa, que me dispense de puntualizarlas. Atengámonos por ahora á otros efectos del consorcio conyugal, y estudiémoslos en la consorte en su último término, esto es, cuando ha dejado ya de serlo, y para hablar más claro todavía, en la *VIUDEZ*.

(1) Para dar á nuestros lectores una idea de lo ameno y curioso del libro que se está publicando en esta corte con el título de *Las españolas pintadas por los españoles*, copiamos este artículo, uno de los mejores de los que contendrá el libro; como que está escrito por el ingeniosísimo *Estudiante*, nuestro sabio amigo D. Antonio M. Segovia.

Teóricamente podría cualquiera figurarse que la mujer viuda, sometida á una observacion, así... (¿cómo lo diré yo?) así... puramente externa, es sumamente parecida á la mujer soltera: ¡error grave!

Míreselas con atencion á una y otra, en la calle, por ejemplo: cuando en el rostro de una soltera fijamos los ojos, ella baja los suyos, y parece como que exclama, allá para sus adentros: «¡Ay, Jesus!» Por el contrario: cuando clavamos en una viuda la mirada, ella nos la devuelve altiva y arrogante, como quien dice para su capote: «¡Y á mi, qué?»

Yo no soy muy feliz en esto de comparaciones, y así es que por más que busco alguna para aclarar mi pensamiento, no me ocurre otra que la del recluta ó soldado bisoño puesto en cotejo de un veterano aguerrido y fogueado. Perdónese me lo trivial del símil en gracia de su exactitud.

Y esta tan marcada diferencia entre la doncella libre y la casada que dejó de ser esto y aquello, se hace más patente cuanto más de cerca se las examina. Porque aquel diverso aspecto que dejó apuntado, puede tambien notarse entre la mujer que tiene marido y la que no le ha tenido todavía; pero la que le tuvo y se quedó sin él, se distingue muy particularmente de las otras dos.

No es necesario ser Cuvier ni Linneo ni otro alguno de esos grandes naturalistas familiarizados con las clasificaciones, para caracterizar la especie *viuda*, y áun sus infinitas variedades. Seria muy largo y enojoso el describirlas todas; pero no cumpliria mi propósito si no bosquejase, *siquiera sea á grandes rasgos* (1), algunas de las principales.

Empecemos, si Vds. gustan, por

LA VIUDA VERDE.—Esto de *verde* no significa, por supuesto, que no esté madura, sino que, al contrario, se parece á una planta verde, lozana, y muy en disposicion de dar fruto. La mujer que tan en sazón se queda viuda, siente casi en el mismo instante la necesidad y la conveniencia de dejar de serlo: por inspiracion, y, como si dijéramos, inconscientemente (2), empieza á tender sus redes y echar sus aparejos, áun ántes de que se enfrie el cadáver de su adorado esposo. Pero estas artimañas son

(1) ¡Qué bonita frase! y sobre todo ¡qué nueva!
(2) No pueden Vds. figurarse lo que he sudado para traer tambien á colacion esta palabrilla. Al fin acerté á encajarla: loado sea Dios. Lo mismo irán saliendo otras frasecillas y vocablos, sin cuyo auxilio ningun español contemporáneo puede alcanzar fama de escritor.

de muy distinta estofa que las que solia usar allá cuando soltera. Entónces eran las galas, los moños y las flores; ahora son los crespones y gasas fúncbres. Entónces eran las sonrisas, los quiebros, los remilgos y los dengues; ahora son el semblante melancólico, las cejas remontadas, los ojos clavados en el cielo y arrasados en lágrimas, los suspiros lastimeros, y hasta el llanto y los sollozos. Cuando soltera, se iba á pasear á las calles, á las tiendas de modas, á los paseos y á los teatros; cuando viuda, hay que echar los anzuelos frecuentando las iglesias, por supuesto las más concurridas; yendo al jubileo, en el cual puede entrarse y salirse muchas veces, como para probar fortuna y correr el albur *toties quoties*; acudiendo á los sermones de los oradores de fama, únicos que atraen gran muchedumbre masculina. Y no hay para qué añadir que á todos esos ejercicios piadosos ha de ir la viuda, no precisamente por el camino más corto, sino por el ménos solitario, donde es muy posible encontrarse algunpez que caiga en el garlito (1) á vista de la enlutada belleza, de la trístisima hermosura.

Regla general.—LA VIUDA VERDE tiene obligacion de ser jóven y linda, y si pudiere, hermosa.

Si alguno creyese que hay en esta descripcion algo de falso ó de arbitrario, le ruego que me diga, si por acaso ha visto en su vida una viuda de estas que llamamos verdes en un paraje desierto, mal perjeñada, y con aquel desaliño, y aquel desorden en su *toilette* (2) y aquel desgarmo en toda su persona, que acusan (3) una melancolia profunda, una enajenacion del pensamiento, una *preocupacion* (4) invencible.

Un inconveniente tiene esta situacion, esta que pudiéramos llamar *posicion social* de la viuda verde, y es que dura muy poco, en lo cual se asemeja á los destinos públicos, y á otras muchas cosas mundanas. En efecto, no hay verdor que al cabo no se marchite y se ponga amarillento ó negruzco. La viuda de esta especie, ó se destruye por las segundas nupcias, ó prolongándose, se desnaturaliza y se desvirtúa, como las interinidades gubernamentales y las cámaras constituyentes. Así es como la

(1) *Garlito*, para quien no lo supiere, es una especie de nasa, artificio para pescar. Dicho sea con perdon del título de cierta obra dramática moderna: *Un pájaro en el garlito*, y sin ofensa de otro autor que ha puesto en su última zarzuela: «Me ha cogido de patas en el garlito;» como si en una red de pesca entrase un animal con patas y de patas.
(2) ¡Qué bien traído! ¿Eh?
(3) ¿Pues y esta?
(4) ¿Qué tal? No tiene mi editor oro con que pagarme este parrafillo.

en los alrededores de Grandvilliers... Se toma el camino de Beauvais y...

Pero Urbano no le escuchaba ya; arrojó la bolsa sobre la mesa, salió bruscamente del palacio, corrió á su casa, tomó todo el dinero que tenia, y aquel mismo dia se dirigió al castillo de Sarcus en busca del marques.

CAPITULO XXII.

Regreso al castillo.

Durante la ausencia de Villebelle habian pasado los dias para Blanca tristes y monotonos. Al otro dia de la partida del marques, se sorprendió de no recibir su visita acostumbrada, y la hermosa jóven creyó que su raptor se disponia á llevarla á Paris; pero por la noche, como no le encontró en el parque, preguntó á María por Villebelle, y esta le contestó que habia partido, pero que pronto volveria.

Al cabo de diez dias, durante los cuales Blanca no hizo más que llorar, María vino á decirle que el marques habia llegado.

Esta noticia pareció reanimar un tanto á la hermosa prisionera, la cual pensaba ablandar con su llanto el corazon de Villebelle.

El marques fué á verla en seguida que llegó, y se quedó sorprendido al ver lo cambiada que estaba la jóven.

—Me habeis olvidado por completo en este castillo, le dijo Blanca al verle.

—¡Yo olvidaros!...

—¿Por qué no me habeis llevado á Paris?... ¿Pensais acaso tenerme aquí mucho tiempo?...

—Lo que puedo aseguraros es que no os abandonaré más.

—Haced que venga Urbano, y no os volveré á decir que me deis la libertad.

Villebelle quiso distraer á Blanca, ofreciéndole varios objetos que habia traído de Paris; pero aquellos presentes no fueron mejor recibidos que los primeros, y no obtuvieron ni siquiera una sonrisa de la hermosa jóven.

Varias veces habia querido abandonarse al impulso de su amor el marques cuando se encontraba al lado de Blanca. Pero una mirada ó una pala-

bra de la cándida jóven, habian sido siempre bastante para hacerle desistir de su criminal intento.

Julia y Chaudoreille llegaron á Sarcus y vieron entrar en el castillo á Villebelle. Nuestro caballero se habia caído tres ó cuatro veces en el camino; pero, segun aseguraba, era porque su caballo habia tenido miedo.

—Aquí es donde debe tener encerrada á Blanca, dijo Julia, aproximándose al castillo.

—Sí, aquí debe ser, respondió nuestro gascon, echando pié á tierra.

—Este es el castillo de Sarcus, segun me acaba de decir un aldeano.

—Y á fe mia que es muy hermoso; mi abuelo tenia diez ó doce como este, pero jugaba todas las noches y los perdió todos... ¡uf! ¡no tengo ni un hueso sano! ¡qué trote tan duro tiene mi corcel!...

—Es menester saber hácia qué lado del castillo está esa jóven.

—Sí; pero ántes me parece que seria mejor saber en dónde se podria almorzar. Debeis estar muy fatigada.

—Yo no siento la fatiga... el deseo de llevar á cabo mi venganza duplica mis fuerzas.

—Sí; pero yo, que no tengo nada que me las duplique, estoy destrozado, molido y muerto de hambre.

Julia se apeó del caballo y le entregó la brida á Chaudoreille, al mismo tiempo que le decia:

—Monta á caballo, toma el mio de la brida, vete al pueblo y espérame en la posada, pues quiero observar lo que pasa en el castillo.

—Perfectamente; miéntras haré preparar el almuerzo... ¡Ah! Supongo que querreis guardar el más riguroso incógnito... ¿Bajo qué nombre nos presentaremos?...

—Dí lo que quieras.

—Entónces diré que somos moros españoles, que venimos de Granada para enseñar á tocar las castañuelas; eso disipará cualquiera sospecha.

Despues de pronunciar estas palabras, á las cuales no habia prestado Julia la menor atencion, cogió los dos caballos de la brida y se encaminó hácia el pueblo.

Cuando llegó se fué en seguida á la posada; el posadero salió á recibirle á la puerta, y Chaudoreille le dijo con cierto aire de importancia:

—Yo soy Malek el Chirás de Granada, profesor de castañuelas en España

viuda verde viene con el trascurso del tiempo á degenerar en la que podríamos llamar

LA VIUDA SECA.—Seca, porque ha enjugado su llanto, el cual es ley de naturaleza que no sea perdurable. Seca, porque pierde por lo regular la lozanía de su complexion, la frescura de su rostro, el brillo de la tez y la morbidez de las formas.

La viuda seca es generalmente capaz de secar á cualquiera con la eterna narracion de su dicha conyugal pretérita, con los recuerdos de aquel dominio absoluto que ejercía sobre su difunto esposo, el cual, sometido á todas sus voluntades y caprichos, pasaba la vida entera en complacerla, regalarla, mimarla y hacerle arrumacos. «Así es, añade, que nunca he podido resolverme á casarme segunda vez, aunque he tenido veinte proporciones. ¡Pepe de mi alma (1)! ¿Dónde había yo de encontrar otro Pepe? El vacío que él me ha dejado no me le llena á mi nadie!»

A cualquiera podría parecer inverosímil esta protesta solemne y pública de viudez sempiterna, porque siendo muy á propósito para alejar pretendientes, es en la viuda un procedimiento enteramente contrario á su interes bien entendido. Mas no hay que olvidar que la viuda seca tiene completamente perdidas las esperanzas de dejar de serlo, y si alguna vislumbra, la establece sobre la remota probabilidad de que un varon caprichoso y tan desesperado como ella, tome á empeño el vencer y domoñar aquella jactanciosa resistencia de la viuda á la reiteracion del connubio (2). De esta variedad de la especie pasemos, dando un salto, á la diametralmente opuesta; es á saber:

LA VIUDA REINCIDENTE.—De estas las hay que han des-pachado tres ó cuatro maridos: forma una clase, un carácter tan marcado, y sobre todo tan cómico, que de buena gana le bosquejaría yo aquí á no parecerme una profanacion tocar á figura en que ya el magistral pincel de Inarco Celenio lució todo su acierto y valentía. ¿Quién no conoce á aquella Doña Irene, joya del teatro español y arquetipo admirable de la viuda reincidente?

—«Lo que sé decirle á V. es que aún no había cumplido los diez y nueve cuando me casé de primeras nupcias con mi difunto D. Epifanio, que esté en el cielo. Y era un hombre que, mejorando lo presente, no es posible hallarle de más respeto, más caballeroso... y al mismo tiempo más divertido y decidor. Pues, para servir á V., ya tenía los cincuenta y seis muy largos de talle, cuando se casó conmigo.

Se habla luego de la prole, y dice Doña Irene: «¡Ay, señor! dan malos ratos, pero ¿qué importa? Es mucho gusto, mucho... ¡Hijos de mi vida! Veintidos he tenido en los tres matrimonios que llevo hasta ahora, de los cuales sólo esta niña me ha venido á quedar.»

¿Por qué admiramos tanto la verdad de este retrato? Porque en la sociedad estamos tropezando con el original á cada paso. ¿Quién no ha oído mil veces á la viuda reincidente quejarse, como Doña Irene, de que «desde el último malparto que tuvo quedó tan sumamente delicada de los nervios... Y va ya para diez y nueve años si no son veinte?» Pues, ¿y la evocacion de los maridos en cualquier apuro?

—«Porque me ven sola y sin medios, y porque soy una pobre viuda, parece que todos me desprecian y se conjuran contra mí.—Al cabo de mis años y de mis achaques verme tratada de esta manera, como un estropajo, como una puerca cenicienta, vamos al decir... ¿Quién lo creyera de V.?... ¡Válgame Dios!... ¡Si vivieran mis tres difuntos!... Con el último difunto que me viviera, que tenía un genio como una serpiente... que lo mismo era replicarle que se ponía hecho una furia del infierno; y un día del Córpus, yo no sé por qué friolera, hartó de mojicones á un comisario ordeador, y si no hubiera sido por dos padres del Cármen que se pusieron de por medio, le estrellaba contra un poste de los portales de Santa Cruz.»

No añadamos una sola pincelada á tan magistral pintura, y pasemos á observar el contraste de otro tipo singular: el de

LA VIUDA FANTÁSTICA.—Por otro nombre, la que se dice viuda sin haber tenido jamás marido.—Yo no lo invento, pero malas lenguas lo aseguran, que Doña X..., hoy viuda, nunca fué casada. Por de pronto, lo que no puede negarse es que si ha tenido maridos pasan de media docena; porque en sus conversaciones, que son interminables y de una prodigiosa locuacidad, se la oye hablar

de su marido el *brigadier*, de su marido el *general*, de su marido el *diputado*, de su marido el *gobernador civil*, de su marido el *regente de Audiencia*, de su marido el *director de telégrafos*, de su marido el *abogado*, etc.—Aunque, bien mirado, en todo esto puede no haber contradiccion; porque en España, donde todos servimos para todo, este marido, en apariencia multiforme, pudo muy bien ser una persona sola, única y verdadera: y vamos á demostrarlo.

Llamémosle, por ejemplo, D. Sisebuto, y supongamos que era letrado en cualquier rincon de una provincia (ya tenemos aquí al abogado).—Eligiósele para representar á su campanario en el Congreso (cátenle Vds. diputado).—Vino de oposicion, por supuesto, y se convirtió al ministerialismo, de cuyas resultas se le confirió á poco un gobierno importante (marido gobernador).—Acomodándole más una toga, sentó á poco plaza y le encaramaron al primer puesto de una Audiencia (marido regente).—Cesante á los tres meses, se pronunció, echándose al campo (1) al frente de unos cuantos facinerosos bautizados de patriotas, y como estos pasaban de catorce, se puso tres galones en la bocamanga. Venció la insurreccion, y aquel... gobierno (llamémosle así) premió los servicios del paisano-coronel, dándole entrada en el ejército con el grado de brigadier. (¿Tenía razon Doña X...?) Al mismo tiempo se le hizo director de telégrafos, para que tuviese el gusto de que le explicasen por primera vez aquel reloj mágico que con su misterioso chiqui-chaque hace que por medio de un alambre se oigan á millones de leguas las palabras que en voz baja pronuncia un telegrafista (otro marido, siendo el mismo).—Por último, como no parecía justo que un tan consecuente liberal se atascase más de seis meses en la *humilde* posicion de brigadier, consiguió sin dificultad la faja y con ella la aptitud necesaria para la presidencia del Consejo.

Toda esta historia se la había forjado Doña X..., aunque en rigor es por todo extremo inverosímil. (¿Verdásté, señor lector?) Pero las citadas malas lenguas sostienen que no hay tal marido uno ni múltiple, sino que como Doña X... tiene á su lado una niña de veinte años que no ha conocido á su padre, en lo cual se parece á todo el mundo ménos á su madre, esta lo ha fabricado uño á su gusto, confiriéndole, *autoritate qua fungor*, todos aquellos empleos y dignidades.

Y el mejor día oirán Vds. á Doña X... hablar de su marido el *literato*, título casi tan fácil de adquirir en España como el de marques ó como el de general; basta para ello, pongo por caso, que se publique una coleccion como la de *Las Españolas pintadas por los Españoles*; que el editor se vea un día apurado por un artículo; que se le encomiende á un amigo de pocas letras pero de mucho desparpajo, y que este amigo, ufano de hombrearse con escritores de ingenio y caletre, le endilgue unas cuantas hojas de papel manuscrito, y firme al pié de la última con todas sus letras...

ANTONIO MARÍA SEGOVIA.

¡EN EL SITIO!...

NOVELA ORIGINAL DE...

(Continuacion.)

—Mañana temprano iré á buscarle á V.
—¿Para el desafío? Mejor sería que no se molestase V.
—Es ya cuestion de honor.

Y el conde salió de la sala, y luego de la casa, con una calentura espantosa, que le obligó á acostarse en cuanto llegó á su habitacion.

—Pero, ¿me traen el vasito de agua de hierro?... volvió á decir la mujer de Tenerife.

—No es hora, mujer, ya la tomarás mañana...

—Es un antojo.

—¿Quieres tomar alguna otra cosa? la preguntó Doña Clara.

—No; más vale que nos vayamos, porque tengo un sueño que no veo. Dispénsame, Clara, pero estoy intratable.

—No tienes necesidad de disculparte.

—Vámonos, Tenerife.

—Cuando quieras. ¿Vds. se quedan?

—No, dije yo; tengo tambien que hacer.

—Yo les acompaño á Vds., añadió Manuel.

—¿Te vas? preguntó en voz baja Emilia.

—Sí, para que no diga tu mamá que abuso de su amabilidad. Por ser la primera vez ya es bastante.

(1) Frase gráfica.

—Siento que se vayan Vds., dijo Doña Clara; pero ya saben dónde tienen su casa. Vengan Vds. por la noche y haremos un poco de música. Mi hija toca el piano y yo el clarinete.

—No faltaremos.

—Con el mayor placer. Deseo aplaudir á Vds.

—Buenas noches.

Y salimos todos. Tenerife y su mujer se fueron á la fonda, y Manuel se quedó paseando conmigo, mientras la noche extendía su negro capuz. (Esto del *negro capuz* tambien es de cajon en las novelas.)



XIX.

Confidencias.

Los hombres dicen de las mujeres cuanto se les ocurre.

En cambio las mujeres hacen de los hombres lo que se les antoja.

(....)

—Y bien, amigo mio, dije á Manuel, apenas nos quedamos solos: ¿sigue V. tan enamorado de Emilia?

—Más que nunca. No puede V. figurarse cómo quiero á esa muchacha.

—Ya se le conoce á V. Por cierto que sienta verle en ese estado, porque de nada servirán mis esfuerzos para hacerle abandonar esa idea... y va V. á ser *marido*, en toda la extension de la palabra.

—Si, amigo mio, estoy resuelto; me caso con Emilia.

—Pero ¿está V. seguro de su cariño?

—Algunas lunas he observado en su amor; pero me quiere, y tengo la esperanza de que ha de quererme más.

—Acuérdese de los consejos que le he dado y de que, como dice la copla,

¡Yo no sé quien se fia
de la esperanza;
basta que sea hembra
para ser falsa!

—Diga V. lo que quiera; yo, en cambio, estoy repitiendo siempre esta otra cancion:

¡No quisiera quererte
con tanto extremo,
y aún me parece poco
lo que te quiero!

—Bien, Manuel; estamos hechos un par de *cantaores* por lo fino; pero venga V. aquí, bendito de Dios, ¿qué ha encontrado V. en esa muchacha que así le ha trastornado el seso?

—Ni yo mismo lo sé; sólo se que la quiero.

—No lo entiendo: una muchacha fria, interesada, que no tiene más afan que casarse con uno que cuente con mucho dinero; que lo mismo aceptaría á un viejo que á usted, si V. no tuviera la ventaja de ser joven, ademas de ser rico; que ha sido educada con estos ejemplos, rodeada de personas que han seguido la misma senda, porque bien sabe V. que una prima suya está casada con un viejo rico, y esa misma Felipa que hemos encontrado en casa de Doña Clara tambien se enlazó á Patricio porque tenía cuartos (que ya le ha consumido, obligándole á entraparse); una niña así, que en cuanto á recato y pudor no brilla á grande altura, porque sale sola con la criada para verle á V. de noche en sitios solitarios; que sólo se cuida de arreglarse y ponerse bonita, que estoy seguro no sabe arrimar un puchero á la lumbre... ¿cómo ha podido, repito, sorberle á V. el seso hasta el punto de estar decidido á casarse?

—Ignoro si es verdad cuanto V. me ha dicho, pero desde ahora sostengo que no me quiere por el interes, como V. supone, porque se figura V. estar muy bien enterado.

—Y lo estoy... más de lo que V. piensa; y por esto siento ver á V. tan obcecado.

(Se continuará.)

CASCABELES

La célebre asociacion la *Internacional* se encuentra herida de muerte, á juzgar por la sensacion que está causando un cartel que ha aparecido en todas las esquinas de Madrid con estas misteriosas palabras:

«ALTO, SOLTEROS!

¡Mucho ojo!

que pronto van á publicarse los CUENTOS DE SALON.»

¿Qué será? ¿qué no será? He aquí lo que todo el mundo repite en las calles, perdiéndose en congeturas.

(1) Es de advertir que toda viuda seca recuerda á su difunto por lo que los franceses llaman *le petit nom*: Pepe, Anton, Tolico, Curro... etc.

(2) Tambien esta expresioncilla es una imitacion; pero no me atrevo á decir de quién.

¿Se declararán en huelga los solteros? Los *Cuentos de salon* traen á mal traer á los hombres y alborotadas á las mujeres.

Sabemos que los solteros se proponen celebrar un *meeting*, porque saben que Catilina está á las puertas de Roma.

Se ha publicado la entrega sétima de la reproducción exacta de la primera edición de *Don Quijote*, obra importantísima, con tanto acierto llevada á cabo por el coronel Sr. Lopez Fabra.

Digno es este, por su constancia en tan difícil empresa, de que el público ilustrado adquiera esa obra, que es un monumento literario que honra á nuestro país.

La obra se publica con toda regularidad, y ya están hechas casi todas las planchas.

En nuestra Administración se admiten suscripciones á 20 reales la entrega.

Dice un periódico que los radicales quieren hacer rey á Espartero, si llega el caso, pero no dicen de dónde.

¡Pobre hombre! los progresistas le van á matar á disgustos.

Pues, señor, siguen las posiciones improvisadas. Este gobierno da los empleos gordos á diputados que no han hecho otra cosa que ser diputados de los de sí ó no.

Este gobierno nos ha dado un desengaño, como todos.

Yo creí que iba á prescindir de politiquillos y á dar los destinos á personas de verdadero mérito y grandes servicios.

Pero nada, lo de siempre.

La gente de Ruiz Zorrilla se promete que esta gran lumbrera del mundo formará ministerio el mes que viene.

Pues se salvó el país.

¿Será cosa de poner iluminación?

Consejos á los que comen los viérnes, y no de viérnes, en cierto palacio:

No os rasqueis la cabeza ni os metais los dedos en las narices.

No os desabrocheis el chaleco, ni os aflojeis el pantalón, aunque os veais en peligro de reventar.

No pidais un papelito para envolver una croqueta y llevársela á la señora.

Los periódicos carlistas han publicado una especie de advertencia para hacer constar que el general Cabrera no tiene nada que ver ya con los carlistas.

Me parece á mí que Cabrera se reirá mucho de eso. El partido carlista se lo debe todo á Cabrera, y esto de desdeñarle ahora es un poco ridículo, porque me parece que no tienen los carlistas muchos generales ya que puedan igualarse á aquel célebre y valiente jefe.

No podemos negar que el carlismo tiene muchos partidarios, pero la mayoría de estos es carlista por Cabrera, por el recuerdo de aquel caudillo, á quien nadie puede disputar el prestigio en su partido.

El presidente de la república del Paraguay ha disuelto las Cámaras y preso á muchos diputados.

Por vida de Garibay, que debe ser un gran tío el presidente bravío que manda en el Paraguay.

El es republicano y todo, pero no haría más un despota. Se conoce que al hombre le tenían ya muy cargado los politiquillos.

¿Qué haría ese mozo si mandase aquí?...

Ya habría limpiado el país.

Cuenta *La Epoca* que un diplomático español dijo el otro día al embajador francés que le consultaba si iría al convite de palacio de frac ó de uniforme, que podía asistir de *paysan*, es decir, vestido de *aldeano*, pues no otra cosa significa *paysan*.

¡Ja, ja, ja! ¡Si será liberal!

El número de *Los Niños* que corresponde al 30 del actual contiene lo siguiente:

La buena lectura.—*El primer dolor* (con lámina) por Arnao.—*El niño desobediente* (con lámina) por M. Barrau.—*Geometría de los niños*, por Thuillier.—*La madre enferma* (con viñeta).—*El padre y los hijos*, por D. Juan

Nicasio Gallego.—*La viejecita* (con viñeta).—*Magdalena Didion* (conclusión).—*Travesuras infantiles* (cuatro viñetas).

Ahora que viene el tiempo de obsequiar á los niños buenos, recomendamos á los padres como el mejor aguiñado que les pueden dar, la suscripción á *Los Niños* por el año próximo, y reciben gratis el precioso *Almanaque de Los Niños*.

¿Qué tal va la agencia de las cruces? ¿Se vende mucho? ¿Se hace mucho negocio?...

La causa que dijeron se iba á formar para averiguación de los hechos, ¿en qué estado está?...

El vapor *Canarias*, que volvía de la Habana, ha embarrancado en las islas Azores, ó por ahí.

¡Cielos! ¿si tropezaría el buque con los dos paquetes de pliegos de *Los Niños* que, certificados, dirigimos á Barcelona el 29 de Mayo y todavía no han llegado?

Un periódico político pregunta: ¿Qué quiere el señor Zorrilla?

Pero, hombre, ¡qué cándido es V.! Lo que quiere es mandar, ser presidente del Consejo de ministros siempre, hacer su santísima voluntad, y que 16 millones de habitantes estemos á merced de un hombre tan sublime como él, que es un genio; un hombre en todo superior, al lado del cual todos los grandes hombres del mundo son unos tontos de capirote.

Eso quiere sencillamente el Sr. Zorrilla. ¿Y por qué?.. Porque... sí.

Estaba el otro día cierto galán en casa de cierta linda viuda, á la que hace el amor, por lo fino, por supuesto.

Suena la campanilla, y poco despues se presentó la doncella en la puerta del gabinete y dice á su ama:

—Señora, es el médico.

—¡Ahora! ¡qué fastidio! Dile que he salido.

—Es que la portera le ha dicho que estaba V. en casa.

—Pues, entónces, dile... dile... que estoy mala.

Una mujer se presenta el otro día en la botica de Lletget con una receta.

Se le prepara la medicina y se le entrega, diciéndole:

—Vale tres pesetas.

—¿Tres pesetas?... Pues espere V. un poco, que voy á ver si mientras he venido se ha muerto mi esposo, y si se ha muerto, eso se ahorra.

Algunos progresistas no asistieron á la reunion del Circo la otra tarde porque no hubo almuerzo, ni comida, ni siquiera merienda, y dicen que las buenas tradiciones del partido se van perdiendo.

Será cosa de que se provoque otra reunion radical en los Campos Eliseos y haya banquete.

Pero ¡por Dios! que venga á presidir Olózaga, y eche un discurso, y llore.

A D. Venancio Gonzalez le hacen consejero de Estado.

¡Anda! ¡anda! consejero nada ménos.

Y á mí nada.

Tambien á Nuñez de Arce le hacen consejero de Estado.

Es hombre de talento, escribe buenos versos, muy buenos; pero, hombre, ¡consejero de Estado!...

Varios periódicos publican las bases para una nueva iglesia que quieren formar unos cuantos curitas revolucionarios, ó cosa así.

Yo no quiero darles el gusto de publicar semejantes bases.

Esos curitas están malos; se les ha subido la gloriosa á ia cabeza.

CHARADITA.

La primera con segunda forma un todo muy gracioso, que aunque la tierra se hunda hace, alegre siempre, el oso.

Prima y cuarta es un diosillo, un dios muy de mogollón; tercia y cuarta en conclusión las tengo yo en el bolsillo.

De esta charada sencilla la solución hallarás si viendo en España estás lo que es la politiquilla.

ANUNCIOS



REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR Don Carlos Frontaura

Se han publicado tres tomos, y está terminando la publicación del 4.º

Salen tres números al mes, impresos en magnífico papel, con profusion de bellos grabados.

En los tomos publicados aparecen las firmas de los hombres más eminentes de España.

Precios: en Madrid 12 rs. trimestre, 22 semestre y 40 año; en provincias 15, 28 y 50 respectivamente.

Los tomos publicados se venden á 24 rs. en Madrid y 30 en provincias. Dirigir los pedidos de Madrid y provincias á la Administración, plaza de Matute, 2.

A todo el que se suscriba se le regala el magnífico

ALMANAQUE DE LOS NIÑOS PARA 1872

que contiene 26 láminas y una comedia para los niños.

Los suscritores de provincias deben enviar un sello más por el porte del Almanaque.

PASTA PECTORAL DEL DR. ANDREU,

remedio seguro para todos los que padecen de TOS catarros, ronqueras, bronquitis, asma y demas afecciones de pecho agudas ó crónicas, facilitando en todos casos la expectoración.

Es el medicamento más cómodo y agradable que se conoce, y sus resultados son tan positivos, que á las primeras tomas el enfermo siente ya un gran alivio que le sorprende y anima.

Vale 8 rs. caja en toda España.

Depósito central, Farmacia del Dr. Andreu, Barcelona.—En Madrid, el doctor Simon.—Sevilla, Lopez Blesa.—Valencia, Dr. Aliño.—Zaragoza, Miret.—Valladolid, Ramon H. Huerta.—Pamplona, Dr. Gil y Colmenares.—Logroño, Zardoya.—Málaga, Prolongo.—Córdoba, Cerrillo.—Cádiz, Farmacia de las Columnas.—Jerez, Ortega.—Bilbao, Pinedo.—Cartagena, Rizo.—Santander, Marañon.—Santiago, Blanco Navarrete.—La Coruña, Villar.—Vigo, Fernandez Varela.—Ferrol, Galan.—Gijón, Rodriguez San Pedro.—Ciudad-Real, Obon.—Alicante, Bellido.—Las Palmas (Canarias), Alsina.—Oviedo, Diaz Argüelles.—Alcoy, Giner.—Barbastro, Caverro.—Ibida, D. José de la Peña.—Murcia, Negules.—Castellon, Fabregat.—Palencia, Fuentes ó hijo.—Almería, Lopez.—Palma de Mallorca, Bestar.—Mahon, Siutas.—Ibiza Cardona y demas principales Farmacias de España. Véanse los anuacios

En la citada farmacia del señor Andreu se despachan tambien los conocidos y benéficos medicamentos del Doctor Ricord.

CALENDARIO AMERICANO

PARA 1872.

Es inútil decir nada sobre la conveniencia de este Calendario, porque ya es conocida y se usa en todas las oficinas, escritorios y casas particulares. Impreso con tipos muy gruesos, los días del mes y de la semana se ven desde cualquier distancia de la sala donde se coloque. El santoral es el de Castilla, que tanto deseaban otros años muchos de los compradores.

Se vende en la Administración de El Cascabel, plaza de Matute, núm. 2, á 4 reales cada ejemplar, con cubierta y carton charolados.

Los pedidos por mayor y para provincias se harán á D. Santiago Belio, calle del Cid, núm. 4 (barrio de Recoletos), Madrid.

Se concederán rebajas en proporción á la importancia de los pedidos.

ESPECIALISTA.

Se curan los ojos sin quemar ni operar. Veintidos años de clinica en las capitales de Europa. Gratis á los pobres de 9 á 10. Plaza de Santa Ana, 12, principal.

CURADOS EN MADRID.

Doña María Nuñez, Mira el Rio Alta, núm. 5, segundo interior, ciega.

Doña Carmen Cruzet, ambliopia, y D. Ramon Barbero, 22 años de granulación y nubes, casi ciego. Paseo del Obelisco, 2, principal.

La niña Casilda Legrero, San Juan, 54, patio; ojo izquierdo casi seco en el fondo de la órbita.

La niña Consuelo Valverde, Alcalá, 40, piso cuarto núm. 25, ciega de nacimiento.

AGENCIA GENERAL

para matrimonios, dispensas é impresos. Nada como la Agencia primitiva, especial y sin rival, Atocha, 25.

EL ALBUM DEL PIANISTA.

Un cuaderno de veinticuatro páginas en cuarto, que contiene:

Dos walses, titulados: *La vispera de San Pedro*.—Biarritz.

Dos polkas: *La original*.—Avelina.

Dos polkas mazurcas: *El campanólogo*.—*La Commune*.

Dos schotis: *El simpático Ricardo*.—*El ángel*.

Dos danzas habańeras: *Lo que V. guste*.—*Un suspiro de amor*.

Una jota: *La Pamplonesa*.

Tanda de lanceros: *El recuerdo*.

Se vende á 6 reales en la Administración de El Cascabel y Los Niños, plaza de Matute, núm. 2, Madrid.

MÚSICA NUEVA PARA PIANO.

Pues señor, hasta ahora la música para piano costaba dinero. Ahora es de balde, porque de balde es dar por un real cuatro ó ocho piezas de música buena y nueva para piano.

Por ejemplo: cuatro walses, titulados *El Jardinero*, *El Brillante*, *El Risueño* y *El Cascabel*, cuestan un real.

Cuatro schotis: *El Improvisado*, *La oracion*, *¿Quién va allá?* y *El dos de mayo*, cuestan un real.

Cuatro polkas mazurkas: *La carta*, *Amor de amores*, *La Perla* y *La Bandera de los tres*, cuestan un real.

Ocho habańeras: *No me gusta*, *La sal de las montañas*, *Tu boca*, *La Graciosa*, *El serenito*, *¡U qué sofoco!* *La Maravilla* y *Tiene V...*, cuestan un real.

Cuatro polkas: *Felisa*, *Chipi*, *A mi morena* y *Los dos*, cuestan un real.

Es decir que por cinco reales se dan 21 piezas de música para piano.

Se venden en la Administración de El Cascabel, Plaza de Matute, núm. 2.

MADRID.—1871.

IMPRENTA, CALLE DEL CID, 4. (BARRIO DE RECOLETOS.)